

LAS SALINAS DE LA PAMPA ARGENTINA EN LA HISTORIA DE CHILE

por el prof. HUGO GUNCKEL

Director del Instituto de Botánica de la U. de Ch.

Desde épocas muy remotas, el hombre necesitaba y supo aprovechar la sal común (cloruro de sodio) para el equilibrio fisiológico de su organismo. Esta importantísima sustancia química se encuentra en muchas regiones del mundo en estado nativo, o bien, se obtiene evaporando aguas saladas, principalmente en las regiones cercanas del mar.

La arqueología nos ha demostrado su presencia en antiguas tumbas, y documentos antiguos nos hablan de su uso desde los primeros tiempos de la humanidad. En la parte austral del continente americano se encontró sal común en varias regiones, siendo los depósitos más importantes los de la zona boreal de Chile y, en especial, las grandes salinas de la pampa argentina que constituyeron desde épocas prehispánicas y aun durante la era colonial, un valioso artículo de primera necesidad de varios pueblos y cuya explotación estuvo siempre a cargo y sometido al control de las autoridades de la pampa (caciques propietarios de las salinas) por las de Buenos Aires, como lo veremos en el presente estudio.

En Chile, los indígenas de la Zona Central, para procurarse la sal que ellos denominan *chadi*, voz que aún se usa entre los mapuches del sur, se valían de ciertas plantas que quemaban, quedando luego "en pedazos cavernosos, como escoria de hierro, poco menos negro. Sala más que la nuestra, aunque tiene algo las viandas, la cual, fuera de ser para sazonarlas muy bien, es también medicinal a los indios, porque deshecha en agua, y bebida, es notable remedio para heridas penetrantes" (1).

Debemos indicar que durante la Colonia, para los habitantes de Santiago eran una verdadera fiesta social los pascos que ellos realizaban a la región de Colina-Batuco, al norte de la capital, con el único objeto de cosechar allá sal de cocina, que recogían de los tallos y hojas de una pequeña planta herbácea, denominada por este motivo *hierba del salitre* (2), que exuda una mezcla de sustancias salinas y que era antes utilizada para sazonar alimentos.

"En la provincia de Santiago nace una especie de albahaca silvestre, tan parecido a la albahaca común u hortense, que sólo se distingue de él en los vástagos, los cuales son redondos y muy fudosos, bien que su sabor es más bien que de albahaca, de algo ó de otra yerba marina. Esta planta, que nace por primavera, y dura hasta entradas de invierno, ama- nese cubierta todas las mañanas de unos globulillos salinos, duros y resplandecientes como la rociada: los labradores reco-

gen este maná sacudiendo las hojas, y le aprovechan en lugar de la sal común, por que es de un sabor mucho más delicado. Cada planta de éstas produce todos los días cerea media onza de sal" (3).

Este fenómeno lo podemos observar en la indicada región, pero fue primeramente anunciado por el P. Ovalle a principios del siglo XVII, al escribir en su *Historia*, lo siguiente:

"En el valle de Lampa se cría una yerba a manera de albahaca. Esta yerba se cubre en el verano de unos granitos de sal como perlas y alzófar que cuaja sobre las hojas o del rocío del cielo que cae sobre ellas de noche o de alguna humedad y vapores que levanta el sol de aquella tierra, o bien que la misma yerba sea de tal naturaleza que sude y arroje de sí aquel humor, la estiman mucho los indios porque la sal es muy sabrosa y regalada".

El historiador de las Indias, Herrera, escribe a su vez Benjamin Vicuña Mackenna, "prevalido de este hecho completamente natural, asegura que en Chile cae *maná* como en el país de los israelitas, y de la misma opinión es el flamenco Juan de Laet, que escribió en latín sobre la astronomía de estos países en el siglo XVI. El P. Ovalle acepta la teoría, pero con esta diferencia, que el maná de los israelitas era de AZÚCAR y el de los chilenos, de SAL..." (4).

Los mapuches habían encontrado también la manera de hacer salinas que denominaban *chadipeun*, sobre las riberas del mar, y sabían extraer la sal fósil de varias montañas. De ahí es que se distinguen desde siglos, dos clases de sales entre los araucanos: *chadi*, sal común, y *lilcochadi* (derivado de *lil*, roca, pedasco, etc.; *co*, agua, y *chadi*, sal, es decir, sal de roca que extraen disolviendo primeramente en agua).

En una *Información de Servicios*, de don Pedro de Villagra —que fuera uno de los primeros gobernadores de La Imperial— hecha ante el alcalde ordinario de Santiago, en 1562, y que se encuentra original en el Archivo de las Indias en Sevilla, España, aparecen algunos datos de interés para el presente estudio y que tienen relación con la existencia y explotación de salinas en la pampa argentina, durante los primeros años de la conquista española de la Araucanía.

En efecto, las 48.a pregunta dice textualmente como sigue: "Digan si saben que estando el dicho Pedro de Villagra en la ciudad de la Imperial en el uso de lo que está dicho, tuvo noticia de cierta provincia de gente y salinas de sal que

"había detrás de la cordillera cosa bien menesterosa y necesaria para la dicha ciudad y provincia por la falta que de ella hay, por lo qual y porque el dicho Gobernador Pedro de Valdivia le había escrito encargándole procurase pasar la dicha Cordillera a tomar noticia de que tierra era é si era poblada, el dicho Pedro de Villagra se determinó de ir á descubrir la provincia del Lago el señor Gobernador Francisco de Villagra, que al presente es, por mandado del dicho Gobernador Valdivia. Digan lo que saben".

Entre las varias declaraciones juramentadas que sobre esta *Información* publica Carlos Morla Vicuña, transcribiremos sólo la de Gaspar Chacón, que se exprese así:

"A las cuarenta é ocho preguntas dixo: queste testigo vido salir al dicho Pedro de Villagra con gente á descubrir lo que había detrás de la gran Cordillera porque se tenía nueva que había gente i unas salinas y vido volver al dicho Pedro de Villagra de las dichas salinas con mucha sal y diciendo "había mucha noticia de lo adelante" (5).

Este mismo dato histórico lo confirma Crescente Errázuriz (6) al afirmar que Pedro de Valdivia "había recibido noticias de la existencia de grandes salinas al otro lado de la cordillera nevada..." y "envió a reconocerlas y reconocer el envío"... enviando para este objeto a Pedro de Villagra. Se ignora con cuantos hombres partiría éste. En su información de servicios se dice únicamente "con gente y que para su expedición "hizo mucho apercebimiento de soldados" (7).

En varios otros documentos de mediados y de la segunda mitad del siglo XVI encontramos indicaciones hacia la necesidad en que se encontraron los españoles de terminar con la escasez de sal en Chile, efectuándose para este fin, varias expediciones en busca de esta valiosa sustancia.

Ellos, al proceder así, no hicieron más que seguir el ejemplo de los mapuches, que desde antiguo mantenían un comercio primitivo por los pasos cordilleranos, en especial por el de Villarrica, a fin de trocar sal por productos de sus industrias, entre ellos tejidos y varillas de colihue (8), indispensables para fabricar lanzas para usos guerreros (9).

No hace mucho, fueron descubiertas en la región de Chosmalal, cerca de Neuquén, en la Argentina, unas antiguas instalaciones mineras que demuestran la explotación de sal en una mina (lilcochadi!). Este importante descubrimiento fue realizado por la señora Ileana Lascaray, directora del Museo Regional de Neuquén, que describe así este hallazgo:

"El lugar del hallazgo pertenece a una mina en explotación, en el cerro conocido con el nombre de Chrequeico (Treuquico) frente al río Neuquén, sobre su margen derecho... El material más abundante hallado han sido estas hachas y el lugar donde más frecuencia se encontraban, era casi en el punto del cerro, en una especie de gruta o abrigo natural, que parecía indicar una antigua abertura, actualmente completamente obstruida. Las galerías que los mineros actuales

"han construido se hallan mucho mas abajo casi en las bases del mismo cerro, es decir a mucha distancia del lugar de las hachas primitivas. Justamente en una de las explotaciones de una carga de dinamita, se descubrieron las primitivas galerías, que dan la impresión de un enorme caracol ascendente hasta la parte superior del cerro, que desembocaría en la ciudad gruta. Estas antiguas galerías demuestran el trabajo humano de muchos años, ya que son inmensos túneles en gran parte obstruidos por material probablemente extraído de galerías posteriores. Las paredes denotan el uso de un instrumento a manera de buril con el que se ha ido trabajando. Entre la montaña de arena que obstruye, hemos hallado restos de tejidos, huesos conservados perfectamente por la sal y el ambiente seco. También algunos objetos de piedra. Suponemos que dicha mina ha sido explotada mucho antes de la invasión araucana moderna y si nos detenemos a pensar en las opiniones de Latham y Aramendia, coincidiríamos con ellos en la existencia de una raza milenaria en el Neuquén, cuya influencia se extendiera hacia las pampas argentinas y transponiendo los Andes hacia los valles chilenos" (10).

En la Argentina colonial, el consumo de sal no era solamente "para satisfacer las necesidades de la población, sino también que se empleaba en la salazón de cueros y carnes, lo que aumentaba la demanda del artículo" (11).

Desde fines del siglo XVII se organizaban periódicamente, desde Buenos Aires, expediciones o caravanas a las SALINAS, con el objeto de recolección de sal; pero "no resultaba, sin embargo, tarea sencilla llegar a esa zona que se llamó más tarde *Salinas Grandes*: al contrario, era difícil su acceso, pues había que atravesar tierras completamente solitarias, sin caminos, exponerse a un posible ataque de los indios y sufrir las penalidades inherentes a un viaje de esa naturaleza". Las Salinas Grandes fueron descubiertas en 1668 por Domingo Isarza, y se encuentran situadas en Hidalgo, en La Pampa, sitio que en el pasado siglo fue asiento del más célebre de los cacicazgos argentinos, el de Calfucurá, a quien se denominó "Emperador de la Pampa". Los españoles, los *huincas*, hacían canje de mercaderías por sal. El Gobierno del Virreinato y más tarde el Patrio, al no disponer de salina próxima al ejido de su capital, enviaban de vez en cuando expediciones, algunas de ellas muy importantes, para llevar la preciosa sustancia a los portenos.

Cuentan antiguas crónicas, que "para hacer el viaje a las Salinas Grandes, se invitaba por bando a los vecinos: bando que se publicaba en la ciudad y en la campaña, para que los interesados se preparasen con tiempo; se designaba una persona competente como jefe de la caravana, se alistaban soldados que iban a escoltar para defenderla en caso de ataque". Como curiosidad transcribiremos el Bando que el Virrey Arredondo mandó publicar el 27 de febrero de 1790, que dice así:

"Visto lo que el Ilustre Cabildo de esta noble capital me ha representado en distintos Oficios, señálese el día veintidós de marzo próximo venturo, a fin de que en él se hallen

"reunidas en la Guardia de Luján las tropas de carretas que deben seguir a la expedición que resuelve se repita esta vez con los auxilios militares convenientes a su seguridad y a los útiles objetos que esta Superioridad se tiene propuestos para suscitar y mantener estas salidas de que redundan beneficios el más cómodo general abasto de esta provincia en un artículo tan precioso como es el de la Sal de primera necesidad para los mantenimientos y que subsiste en su vigor el ramo de comercio de la Salazón de Carnes..."(12).

Numerosos son los informes oficiales que se conservan sobre los preparativos, desarrollo y resultado de esas caravanas a las salinas; a continuación daremos a conocer el equipo que preparó Manuel Pinazzo en 1786, a saber:

"350 soldados armados con oficiales; 4 artilleros con 4 piezas de artillería; 1 capellán y 1 cirujano. Además 50 pardos con sus oficiales para el arreo del ganado, calculado en 700 cabezas; cantidad de artículos como yerba, aguardiente y tabaco para la tropa y para regalar a los indios. El costo total representaba un gasto de un mil doscientos pesos oro".

La expedición más importante fue, sin duda, la que salió de Buenos Aires en 1778 al mando del mismo Manuel Pinazzo que tenía el título de Maestre de Campo, el cual por su reputación, condiciones de mando y conocimiento de la campaña, era la persona más indicada para dirigir empresas de esta clase.

Para tener una idea de la magnitud de esta caravana (del año 1778) que se dirigía al desierto en busca de sal, daremos el detalle de la misma:

"1 capitán; 1 teniente; 1 alférez; 3 sargentos; 3 cabos; 1 tambor; 65 dragones, 580 carretas para carga; 20 carretas para equipaje; 600 picadores; 400 soldados; 300 carpinteros, boyeros, interesados y agregados; 2.600 caballos y 12.000 bueyes" (13).

Esta caravana, después de pasar por varias lagunas importantes, como la del Monte, Los Paraguayos y San Lucas, hizo alto, para cargar sal, en la laguna de las Salinas, habiendo recorrido en 18 días, 120 leguas.

"La carga de sal obtenida ascendía de 16 a 18 fanegas, peso normal que admitía cada vehículo; pero algunos dueños ponían 25 a 30 fanegas, codicia que perjudicaba la regularidad del viaje, pues esas carretas, por lo excesivo del peso, rompíanse o quedaban empantanadas en los malos pasos, inconvenientes que hacían perder tiempo al convoy por las esperas".

La expedición realizada en octubre de 1798 a la laguna de los Manantiales produjo 433¼ fanegas; la de marzo de 1800 a Palantelén, 243 fanegas, y la de octubre del mismo año, 600 fanegas. La venta total de estas 1.276¼ fanegas, a razón de 5 pesos cada una, produjo una entrada bruta de 6.133 pesos oro, deducida una merma de 50 fanegas".

El Cabildo bonaerense imponía una contribución de 1½ fanegas por carreta, con lo que no sólo cubría los gastos que la organización del viaje demandaba,

sino que le resultaba fuente de beneficio que aumentaba sus rentas.

Por término medio, el tiempo empleado en estos viajes, era de dos meses en que la caravana volvía al punto de su partida, que era generalmente el lugarcito denominado *Guardia de Luján*, punto principal, en aquellos años, de la frontera y lugar de reunión de las caravanas salinas.

Al correr los años, una vez pacificada la región de las *Salinas Grandes*, ésta fue visitada por varios hombres de ciencias, a quienes debemos interesantes datos sobre aquellas comarcas de la vecina pampa argentina. Así, por ejemplo, en 1878, don Estanislao S. Zeballos, visitó las famosas *Salinas Grandes*. "El que jamás ha visto una salina experimenta una sensación grata al coronar las altas cuchillas, cuyas barrancas sirven de murallas a *Salinas Grandes*, propiamente dicha, escribe Zeballos. Las cuchillas, algunas de las cuales miden hasta treinta metros de elevación, se inclinan hacia la olla, formando taludes agrestes, escarpados, inaccesibles, rocallosos y salpicados de árboles y arbustos espinosos... pero la vista apenas se detiene en el espectáculo geológico y en el pintoresco panorama, porque el centro de la olla, la salina misma, le atrae con su novedad.

En primer término, el centro de la olla está cubierto de agua profunda, que los vientos y las brisas agitan o apenas risan suavemente. Como un marco de bruidada plata, ajustado a los bordes de la superficie líquida, se extienden los depósitos de sal común, cuya amplitud varía de cien a doscientos metros. Este espejo salino, herido por los rayos del sol, nos deslumbra, mientras el viento del s.o. que sopla con fuerza 3, había levantado en las aguas centrales un oleaje que hacía recordar al Río de la Plata.

"Al contemplar el color ligeramente rosado de las aguas y las innumerables tropas de flamencos que pasean gallardamente en sus orillas, creeríamos que su rico plumaje destiñe al mojarse en las olas de la capital de los desiertos araucanos. En los mismos mantos de sal, cuyos cristales chispean como ramilletes de diamante, aparecen de trecho en trecho las *flores de la salina*, copos preciosos y radiantes, de rosado color..." (14)

Algunos años antes, en 1829, el conocido explorador francés Alcides D'Orbigny, visitó la región de algunas salinas patagónicas y nos da datos e interesantes descripciones de algunas de ellas en su inmortal obra *Viaje a América Meridional*.

"De las cabañas —escribe D'Orbigny— parte un camino que conduce a la salina de Andrés Paz, que está a una legua en el interior. El terreno presenta una nueva pendiente, que seguí subiendo en medio de zarzales espinosos hasta la cima de ligeras alturas, de donde, de galope, vi algo así como un lago lleno de

nieve, rodeado, a un cuarto de legua alrededor, de altas colinas que se inclinan muy suavemente hacia el fondo del lago, de manera que el conjunto constituye una hondonada de más de una legua de diámetro... "Descendí, no sin ser desgarrado por las espinas, admirando esa maravilla, al borde de esa inmensa superficie de sal. No podía cansarme de contemplar ese lago redondo de más de media legua de diámetro y de una blancura tan deslumbrante. No podía creer que estuviera formada sólo de sal, pero me convencí caminando sobre él. Había doce a quince obreros ocupados en recogerla: unos, con una pala de madera, la amontonaban en pequeños montículos; otros, con carretas, conducían esos pequeños montículos a orillas de la salina, a fin de levantar montículos mayores, que otros carreteros transportan a orillas del río. El efecto de ese espectáculo era raro: parecían hombres paseándose por la nieve, porque se destacaban de una manera extravagante sobre esa llanura resplandeciente, donde millares de pequeños cristales brillantes reflejaban la luz del día, aumentando su brillo. Resultaría fácil calcular cuánta sal contiene ese depósito natural, tomando como término medio, cuatro pulgadas de espesor en un diámetro de, por lo menos, media legua; y nos podremos convencer, a pesar de la opinión de los habitantes, que esa salina no sería inextinguible si la explotación fuera más activa; pero mientras sólo se extraiga un millar de toneladas por año, como se hace actualmente, es posible que dure algunos siglos, tanto más cuanto los terrenos circundantes aportan más sal por las lluvias que los lavan" (15).

El abate Juan Ignacio Molina se refiere a la industria salera de los indios pehuenches en las faldas orientales de las cordilleras, entre 34 y 37° S., y hace resaltar que los indios de Chile austral "hacen un gran consumo de sal de las fuentes de los pehuenches" (16).

Más hacia el sur desaparecen los yacimientos de sal de los valles cordilleranos y los sedimentos mesozoicos son relevados por formaciones volcánicas recientes. Pero a su vez se encuentran hacia el oriente de las llanuras, numerosas hoyas salinas más o menos grandes, cuya frecuencia queda indicada por los nombres de muchas localidades, como Salinas, Salitrales, Arroyo Salado, Laguna Salada y otras denominaciones parecidas. El comercio de la sal, realizado principalmente por los araucanos con los yacimientos considerados, se ha mantenido hasta los tiempos modernos.

El P. Diego de Rosales hizo un viaje a través de la cordillera para interceder por la paz al otro lado de la cordillera (por 1650) y llegó donde los "pehuenches de las Salinas", que están junto al cerro Nevado, que está en el camino a Mendoza (17).

(1) Colección de historiadores de Chile i documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo xvi. Desengañó i reparo de la guerra de Chile por Alonso González de Nájera, página 5 (1889).

(2) Se trata de *Frankenia salina* (Molina) I. M. Johnston; familia de las franqueciáceas.

(3) Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile...* Primera parte que abraza la historia geográfica y natural, traducida en español por don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza... , pág. 146. Madrid (1788).

(4) Véase: Benjamín Vicuña Mackenna. *Obras Completas: De Valparaíso a Santiago...* Edición Universidad de Chile. Vol. XVI : 431. Santiago de Chile (1940).

(5) Morla Vicuña, Carlos. *Estudio Histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego.* Págs. 121-125 del Apéndice. Leipzig (1903).

(6) Errázuriz, Crescente. *Historia de Chile: Pedro de Valdivia*, tomo II : 536. Santiago de Chile (1912).

(7) Medina, *Documentos Inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo...* Tomo XIII (1897) : 24, 125, 216 y 308.

(8) Se trata de *Chusquea culeou* Em. Desv. en Gay, *Flor. Chil.* vi : 450, lám. 82, fig. 2. París (1853), familia de las gramíneas.

(9) Steffens, Hans. *Descubrimiento de las Cordilleras Sudamericanas, en Homenaje a la Memoria del Dr. Hans Steffens*, páginas 134-135. Santiago, 1937.

(10) Carta publicada en Diccionario comentado Mapuche-Español... por Esteban Erize. Buenos Aires, página 221 (1960). Sobre esta mina de sal, trae el Dr. Steffens, I. c. : 139, bajo nota X, lo siguiente: "En los sedimentos mesozoicos de los contrafuertes orientales del sur de Mendoza y del Neuquén, se encuentran extensos yacimientos de sal, de los cuales son conocidos desde antiguo los situados en Chosmalal, más o menos en 37° 20'S., y que fueron explotados por los indios ya en épocas prehispánicas. M. J. Olascoaga indica "cerros de sal de piedra, cuyas galerías interiores abisman por sus enormes cavidades debido a la explotación que viene desde siglos, hecha por los indios, insatiables comedores de sal y por la exportación a ultracordillera, donde no la hay" (véase: *Notas descriptivas del Neuquén*, Rev. Soc. Geogr. Argentina. VI, cuaderno LX (1888) : 287).

(11) Muñiz, Rómulo. *Los Indios Pampas*. Buenos Aires, : 97 (1931).

(12) *Documentos para la historia argentina*, publicados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Univ. Nacional de Buenos Aires. Argentina. Tomo IV : 426 y sig. Buenos Aires.

(13) Citado por Rómulo Muñiz, I. c. : 100.

(14) Zeballos, Estanislao S. *Viaje al país de los Araucanos* : 211.

(15) D'Orbigny, Alcides. *Viaje a América Meridional*, tomo II. Colección Euzendia. Buenos Aires, páginas 727-728 (1945).

(16) Molina, I. c. : 48, 49 y 82.

(17) Rosales, Diego de *Historia General del Reyno de Chile*. Tomo III : 437.